

LOS LIBROS

NOVELA

VÁMONOS CON PANCHO VILLA, de *Rafael F. Muñoz* (1).

Los mexicanos tienen una serie de novelas de su revolución, sólo comparable a las que poseen los rusos.

En «El Aguila y la Serpiente» de Martín Luis Guzmán se ve un Pancho Villa siempre vencedor, jefe invencible de la famosa División del Norte; terrible y mitológico.

En «Vámonos con Pancho Villa», aparece el caudillo derrotado, con una pierna herida, más fácil de ser observado, más humano; pero tan peligroso y admirable como en sus mejores tiempos. Ya no es el amo de México. Combatido por la ciudad y el campo, por sus compatriotas y por los yanquis. Derrotado por Obregón, perseguido por Pershing, seguido por un puñado de leales de los cuales desconfía al extremo de ultimar a balazos al primero que se le acerca sin ser llamado; ya no es «el hombre que necesitamos», como decía de él Vasconcelos, sino simplemente el bandolero «Pancho Pistolas», por quien el gobernador Gameros ofrece cincuenta mil pesos de plata al que lo mate o lo entregue vivo.

Empieza la novela de Rafael F. Muñoz con el relato cinematográfico de las peripecias de un grupo de revolucionarios a las órdenes de Pancho Villa—todavía el Villa de los buenos tiempos—que son conocidos con el apodo de «Los leones de San Marcos». En los capítulos iniciales nos cuenta el autor las ha-

(1) Editorial Espasa Calpe. Madrid 1931.

zañas de estos seis revolucionarios, que van pereciendo con rara uniformidad hasta quedar sólo uno, el más viejo: Tiburcio Maya. Este es el elegido por el autor para dar las mayores pruebas de lealtad a Villa, ahora derrotado y prófugo.

El autor ha novelado ciertos episodios auténticos de la revolución, ya dados a conocer en México por la información periodística. Para dar unidad al relato Rafael Muñoz desarrolla todos los acontecimientos que quiere hacer resaltar, alrededor de la muerte sucesiva de sus seis personajes.

Hay capítulos como «El círculo de la muerte» que se parece por su bárbara grandeza a la «Fiesta de las balas», que aparece en la novela de Martín Luis Guzmán. Ese mismo episodio ha sido novelado con ligeras variantes en «La ruleta de la muerte», capítulo de «Campamento», novela de Gregorio López y Fuentes.

En «Vámonos con Pancho Villa», aparece retratado el caudillo en toda su épica barbarie y auténtica y feroz humanidad:

«Tenía una cabeza ancha de parietales boludos sobre las orejas, y la cara bermeja como un sol al tocar el horizonte...» (Pág. 120).

«Villa se complacía en demostrar su prodigiosa memoria: como a Tiburcio, decía conocer a cada uno de sus hombres; recordaba las veces que habían estado cerca de él en la pelea, en las caminatas por los desiertos; sus fidelidades y sus traiciones, sus cobardías y sus heroísmos, sus éxitos, sus crímenes...» (Pág. 121).

«Ahora imagínate—le decía Pancho Villa a Tiburcio Maya—que un día se te sale un tiro, y como pegarle a cualquier otro, me pegas a mí y me rajas las molleras, y que te devuelves a tu rancho. No encontrarás a tu mujer—asesinada por el mismo Pancho Villa delante de Tiburcio Maya—y entonces dirás: ¿qué salí ganando con matar al jefe que me quería tanto? Por mi culpa siguen oprimiendo al pueblo, porque mi general Villa era el único que podía haberlo libertado... Pobrecito de mi general Villa tan buena gente que era...»

«La voz de Villa se fué haciendo llorona, porque él siempre fué muy fácil de emocionarse, como esos borrachitos que no so-

portan una mala cara, que lloran y abrazan jurando amor eterno...».

«Espérate tantito: cualquier día te dicen que dan cincuenta mil pesos al que me mate o me entregue. Es cierto, los ofrecen, pero vale más «un toma» que «cien te daré», no creas que al que se presente diciendo que me ha matado, le van aflojar luego las platas. A lo mejor no se las dan ni aunque lo pruebe con mi cabeza, que es por lo que dan cincuenta mil pesos, creyendo que el resto de mi cuerpo no vale nada...»

«Si no me muero, mejor para todos, pero si me sucede, les voy a pedir que me hagan un juramento: que no me hagan enterrar; sino que hacen un montón de palos secos, me suben arriba y me meten en el fuego; cuando se acabe, revisan bien que no quede ni un pedacito de mi cuerpo porque no quiero que los «bolillos» se los lleven a Estados Unidos, para decir: «Aquí está Pancho Villa, lo agarramos vivo, pero se nos fué una bala y ahora se está pudriendo». Capaces son de vender mi cuerpo y de ponerse a ver cómo era mi cabeza por dentro». (Pág. 241).

El famoso compadre de Pancho Villa: Diego Urbina aparece también retratado con singular realismo.

«Era el jefe duranguense un tipo de mestizo, de facciones regulares y un abundoso bigote que le cubría la boca; había logrado fama de cruel y digno compadre de Pancho Villa. Tenía brazos y manos entorpecidos por una extraña enfermedad, sin duda principio de parálisis, atribuída por sus enemigos al hecho de haberse atrevido a tomar durante el saqueo de las iglesias de Durango algunos vasos destinados a las más sagradas ceremonias del culto, de los que extrajo el contenido con sus propios dedos musculosos, ávidos ante el oro y las yemas de cálices y copones. Sus orejas rojas y deformes, parecían dos crestas de gallo pegadas a la gran cabeza redonda, y en su cuerpo robusto alentaba un alma felina y despiadada...».

En Tiburcio Maya el viejo «León de San Marcos», nos da el autor una síntesis del revolucionario puro y capaz de los mayores sacrificios por defender a su jefe; símbolo para él de la revolución misma. Posiblemente se le puedan hacer algunos reparos a Muñoz por haber hecho de Tiburcio Maya un personaje de

doble psicología. Así en los primeros capítulos se muestra terco y justiciero, y aun deserta de las filas villistas, por haber ordenado Diego Urbina que quemaran vivo a su amigo Rodrigo Perea, por tener éste las viruelas. En esa ocasión nos muestra Muñoz a su personaje, en un arranque de valiente indignación frente a las órdenes de Urbina:

«¿Pero quemarlo vivo? ¿Qué se han vuelto ustedes locos? ¿Este es el premio a un soldado de la revolución? ¿Es este un ejército de hombres o una tropa de perros—Tiburcio llegó a levantar la mano con el puño cerrado—haciendo vibrar la más terrible de las amenazas. Entonces Urbina se paró frente a él, convertido en amo de hombres». (Pág. 90).

Sin embargo, cuando más adelante Villa va en su busca y le mata delante de sus ojos a su mujer y a su hija, para que él y su hijo puedan seguirlo con mayor libertad, Tiburcio Maya no protesta y se va «con el pecho saliente, los hombros echados hacia atrás y la cabeza levantada al viento, dispuesto a dar la vida por Francisco Villa.»

Esto nos parece excesivo. Ciertamente es que después, en repetidas ocasiones tiene Tiburcio la tentación de echarse su 30-30 a la cara y despachar a su jefe, pero se arrepiente siempre. Al final de la obra cuando el general Pershing invade a México para castigar a Villa, la lealtad de Tiburcio Maya se hace heroica y sublime, y así queda de manifiesto en el diálogo que sostiene con un sargento americano, que le ofrece mil recompensas con tal que les diga dónde está Villa. Tiburcio se encuentra con los pies llagados por el suplicio, en un hospital americano:

—«¿Mujer? ¿Hijos? Me los asesinó Pancho Villa.

El sargento se quedó con la boca abierta no acertando a comprender.

¿Pancho Villa matarlos? ¿Tú seguir a Villa?

—Sí.

—¿Tú obedecer Villa? ¿Tú defenderlo?

—Sí.

—¿Tú estar loco?

—Loco... Sí.

—Oh, yo no creerte, tú tener calentura otra vez, yo si un hombre matar mujer, yo matar ese hombre, yo no defenderlo.

—Yo sí».

«El tenía una sola manera de vengarse: de hombre a hombre. Le hubiera dicho: «Pancho Villa, es Ud. el peor bandido que conozco; me ha asesinado a mi mujer y a mi hija. Ud. trae pistola al cinto y yo también: vamos a ver quien tira primero: a la una, a las dos... » Pero no lo delataría jamás, para que diez mil hombres, con cañones, con ametralladoras, con aeroplanos, sitiaran la cueva donde se encuentra.

—«Si nosotros encontramos Villa vivo, obligarlo a pedirte perdón. Nosotros retratarlo pidiendo perdón a Tiburcio, por haberle matado mujer. Tú ser único hombre del mundo ante quien Villa hincarse. Tú humillarlo.

—Yo no.

—Mira mexicano: tú no decir palabra: nada más tú no poner el dedo en este plano. Si tu juraste no hablar, tú no hablar; pero tú no juraste no poner el dedo... ¿Dónde está Pancho? ¡Díme, díme!

—No.

El sargento perdió el dominio de sí mismo, y con las dos manos apretó el cuello a Tiburcio, sacándolo a tirones.

—You dam fool! ¡Maldito tonto! Tú dejar esa cama a soldados americanos heridos. Tú largarte al infierno a esperar a Pancho Villa...».

Este es Tiburcio Maya, a quien los carrancistas, después de un interrogatorio igualmente infructuoso, lo cuelgan sobre las aguas sollozantes del Papigóchic.

Tiburcio Maya representa la esencia misma de esta novela mexicana; la lealtad incondicional al caudillo, pese a la crueldad y salvajismo con que éste trata a sus propios leales.

«Vámonos con Pancho Villa» es la novela que pinta el fin penoso de un gran caudillo, y además es el grito del revolucionario que no sabe a ciencia cierta qué significa la revolución; pero que la ve encarnarse en un jefe, bárbaro e inconsciente como él, pero a la vez grande y admirable en su brutalidad, y dotado—a pesar de todo—de altos atributos de hombre.—*Juan Uribe Echevarría.*